

MADELEINE DELBRÊL:
LA FECUNDIDAD DE UNA VIDA EVANGÉLICA

Mariola López Villanueva rscj

Sumario: En este artículo recorreremos la experiencia de una mujer que anticipó con su praxis y sus escritos la apertura que supuso el Concilio Vaticano II. En el itinerario de su persona y de su obra encontramos esa capacidad de situarse de manera dialogante y comprometida en lo concreto y la posibilidad de vivir, en la cotidianidad y en el presente, una vida profunda, mística, y muy sencilla a la vez. Madeleine Delbrêl, descubrió las circunstancias favorables para la evangelización en los tiempos difíciles que le tocó vivir; desplegó una espiritualidad misionera en su barrio obrero de París, y nos invita a unir, de manera creativa y lúcida, la predicación y el ejemplo, las palabras y la vida.

Summary: In this article we survey the experience of a woman who, with her praxis and through her writings, anticipated that openness of spirit which meant to be and spread around, the Second Vatican Council. In the itinerary of her person and of her work, we find the capacity she owned to situate herself on that dialoguing and committed mood in the concrete, and the possibility of living, in daily life and in the present moment, a very deep life, a mystical, and, at the same time, a very simple life. Madeleine Delbrêl discovered the favorable circumstances for evangelization in the difficult times in which she happened to live, she displayed a missionary spirituality in her Paris working-class suburb, and she now invites us to join, in a creative and luminous way, the preaching and the testimony, the words and the life.

Palabras clave: Madeleine Delbrêl, mujer; vida evangélica, pastoral obrera, mística..

Key words: Madeleine Delbrêl, woman, evangelical life, working-class pastoral, mystic.

Fecha de recepción: 25 julio de 2013

Fecha de aceptación y versión final: 15 octubre de 2013

“Siempre imaginamos que para ir son necesarios caminos, etapas, países que cambian. Pero no es ese tu camino. Es, simplemente la vida. La vida que transcurre y que nos lleva cuando soltamos las amarras”¹.

¹ M. DELBRÊL, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997, 91.

1. Introducción

La primera vez que cayó en mis manos un texto de Madeleine Delbrêl² fue hace más de veinte años, por aquel entonces empezaba a estudiar teología y me impresionó encontrar una mujer profundamente contemplativa viviendo una vida aparentemente corriente en la vorágine de una ciudad como París, en un barrio obrero y marginal. ¿Quién era esta mujer que escribía divinamente, que trabajaba codo a codo con sus compañeros comunistas en el ayuntamiento de Ivry como asistente social, que era amiga y consejera de los curas obreros, y a la que algunos obispos pidieron su opinión en los trabajos preparatorios al Concilio Vaticano II? El teólogo austríaco Bernhard Korner considera a Madeleine “patrona” de la nueva evangelización³. En ella se unen, como en pocos testigos, la interioridad y la solidaridad, el enraizamiento en la propia fe y el diálogo y el amor hacia los que no la comparten, la soledad y una vida en común deseada y arriesgada.

Mientras la mayoría de las mujeres de su época vivían la experiencia de Dios en las estructuras de monasterios y conventos, ella busca *recogerse para Dios* en el rostro abierto de los otros, en el metro, en el café, en la calle, en la fábrica... enraizada en esos lugares en los que Dios mismo la había colocado:

“No hemos sido llamados en tal o cual monasterio. Nosotros estamos enraizados en el mundo (...) caminamos por rutas que el Evangelio no necesita prefabricar, porque son las mismas rutas por las que caminan, penan, sufren y se desesperan los hombres. Estamos vinculados a lo que ellos viven, a lo que soportan, a lo que les alegra...”⁴.

Madeleine vivió en una época donde coincidieron mujeres de gran talla intelectual y humana, es contemporánea de tres judías filósofas que han dejado su huella en la historia del pensamiento y de la espiritualidad: Edith Stein (1891-1942), Hannah Arendt (1906-1975) y Simone Weil (1909-1943), y de una mujer excepcional, también judía, a la que Madeleine habría amado de haber conocido su experiencia y sus escritos, Etty Hillesum (1914-1943).

² Durante su vida Madeleine publicó una pequeña colección de poemas: *La Route*, en 1926 por el que obtuvo el premio Sully Prudhomme y, en 1957, *Ville marxiste, terre de mission*. El resto de sus obras se editaron tras su muerte. Escribió muchos artículos publicados en numerosas revistas y era solicitada para dar conferencias. Redactó un número considerable de *notas* para ella misma, para los sacerdotes, obispos y miembros del Equipo. Y también escribía con frecuencia meditaciones poéticas en las que reflejaba su contemplación del Evangelio y su experiencia cotidiana en Ivry. En el año 2004, coincidiendo con el centenario de su nacimiento, la Association des Amis de Madeleine Delbrêl, lleva a cabo la publicación de sus cartas inéditas en dos volúmenes: *Éblouie par Dieu, Œuvres Complètes, Tome I. Correspondance volume 1, 1910-1941*. Nouvelle Cité, Paris 2004, y *S'unir au Christ en plein monde. Œuvres Complètes, Tome II. Correspondance volume 2, 1942-1952*. Nouvelle Cité, Paris 2004. A lo largo de estos años hasta la actualidad la editorial Nouvelle Cité ha ido publicando en diez volúmenes una edición de las *Obras completas* de Madeleine.

³ B. KORNER, “La transmisión de la fe a la luz de la Nueva Evangelización”: *Scripta Theologica* 40 (2008) 89-105.

⁴ M. DELBRÊL, *Comunidades según el Evangelio*, PPC, Madrid 1998, 133-134.

Todas ellas son testigos de un siglo de avances y de brutalidad, de belleza y de sufrimientos, de creatividad y de destrucción. La vida de Madeleine se desplegó entre la “*Grande Guerre*” (1914-1918), en los años de su incipiente adolescencia, y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) que vivió como asistente social en el barrio obrero comunista de Ivry, a las afueras de París. Allí formó comunidad con otras mujeres laicas y con el Evangelio como única regla, en los tiempos en que esto era un riesgo y una aventura. Recorría *un camino sin mapas* y se acercó a sus contemporáneos, intensa y amorosamente, con el único deseo de hacerles presentir algo de la Buena Noticia que la había fascinado.

Vamos a hacer una breve semblanza sobre su vida que puede convertirse en referente e inspiración para nosotros en esta época en la que necesitamos volver a conectar con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Ella decía a unos estudiantes universitarios, en la que fue su última conferencia: “el medio ateo, es una circunstancia favorable para nuestra propia conversión...”⁵. No podemos hacer un paralelismo entre el ambiente ateo y comunista de la periferia de París y nuestras sociedades líquidas y postmodernas, pero, como Madeleine hizo en su época, sí podemos reconocer las circunstancias favorables en el tiempo que nos toca vivir.

Recorreremos algunas de sus aportaciones a través del itinerario de su vida. Una vida que se muestra vinculada, comprometida, profunda, dialogante, y con capacidad de irradiar. Una vida sencilla y corriente y, a la vez, fecundamente evangélica:

“Nosotros, gente de la calle, creemos con todas nuestras fuerzas que esta calle, que este mundo donde Dios nos ha puesto es para nosotros el lugar de nuestra santidad. Creemos que no nos falta nada de lo necesario, pues si algo nos faltara, Dios ya nos lo habría dado”⁶.

2. Algunos datos de su biografía

Anne-Marie Madeleine Delbrêl, nació en Mussidan (Dordogne), el 24 de octubre de 1904. Su padre, Jules, era ferroviario, un hombre extravertido, autodidacta y creativo. A Madeleine le atraía su espíritu de aventura y su sensibilidad para la poesía, que ella heredaría. Lucile, su madre, once años menor que Jules, tenía un carácter más reservado. A ella se la ve pequeña y menuda en las fotos, una mujer refinada y sensible. Ambos eran hijos únicos en sus familias, y presentan socialmente diferencias notables entre sí. Las mudanzas sucesivas por el trabajo de su padre y la salud frágil de Madeleine, no propiciaron una educación metódica: “crecí fuera de toda disciplina y enseñanza”⁷. Fue una niña curiosa y despierta, y de mayor mantuvo ese interés por todo.

⁵ M. DELBRÊL, *Nosotros, gente común y corriente*, Lumen, Buenos Aires 2008, 223.

⁶ M. DELBRÊL, *La santidad de la gente sencilla*, Monte Carmelo, Burgos 2012, 26.

⁷ M. DELBRÊL, *Nosotros, gente común y corriente*, 193.

La misma Madeleine, en la citada conferencia pronunciada ante un círculo de estudiantes en septiembre de 1964, narra lo que había sido su vida en aquellos primeros años:

“Mi familia no era creyente y como nos desplazábamos continuamente por el trabajo de mi padre...conocí personas excepcionales que me dieron una formación contradictoria. A los quince años era estrictamente atea y cada día encontraba más absurdo el mundo...”⁸.

Seguirán los años de sus inquietudes poéticas y de su primer gran amor, el joven y brillante estudiante de la Escuela Politécnica de París, Jean Maydiou, que tras un año de noviazgo decide romper abruptamente e ingresar en el noviciado de los dominicos. Este acontecimiento provoca una conmoción en la vida de Madeleine. La ruptura con Jean le lleva a experimentar el dolor del amor no correspondido. Poco después, en 1924, su padre se queda ciego y su salud psíquica va deteriorándose. Madeleine toca la fragilidad de aquellos que ama y, también, la suya propia, pues su salud siempre será precaria. Estas experiencias que se suceden la llevan a abrirse al fondo último de la vida y preparan su tierra para que Dios la pueda fecundar.

Madeleine fue “deslumbrada por Dios”, un 29 de marzo de 1924, tenía diecinueve años, y a esa “oscura luz” se prendió toda su vida. Cuando ella escribe a su amiga Louise Salonne cuatro años después, el 15 de febrero de 1928, en el modo como la invita a disponerse al *amor terrible* de Dios nos revela algo de lo que pudo ser su propia conversión:

“Y cuando en tu gran pobreza le digas: ‘Señor, no tengo nada que darte’, será Él quien te dará el agua viva en tal abundancia que creerás morir. Mira, querida amiga, por haber pasado, y terriblemente, en la horrorosa noche de la negación sé que este vacío que grita en nosotros su angustia, ya es la voz del pastor. Creo que Él te ama como nos ama a todos y que su inmenso, su terrible amor sabrá bien conquistarte (...) Tú sé generosa, y un día, una tarde, una noche, cuando algo inmenso y oscuro grite en ti un hambre de alegría, un hambre de paz, ponte simple y pobremente de rodillas. No pidas nada a Dios mejor que tú él sabe lo que deseas, pero dile: ‘haz de mi lo que tú quieras’”⁹.

Tras su conversión, sabemos por Christine de Boismarmin, su compañera en Ivry y primera biógrafa, que Madeleine había pensado en la posibilidad de entrar el Carmelo. Cautivada por Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, y por la influencia cercana de Teresa de Lisieux, que fue canonizada en 1925, Madeleine quiere entregarse a Aquel que la había deslumbrado en un camino que a ella le parecía de mayor radicalidad, el de la soledad y

⁸ *Ibid.*, 223.

⁹ Lettre du 15 février 1928 à Louise Salonne, en M. DELBRËL, *Éblouie par Dieu, Œuvres Complètes, Tome I. Correspondance volume 1, 1910-1941*. Nouvelle Cité, Paris 2004, 132-134.

el silencio del claustro, pero no podía dejar a sus padres en la situación que atraviesan. En una carta a su madre, el viernes santo de 1927, Madeleine renuncia al anhelo del Carmelo y le expresa lo que va intuyendo como su propia vocación: “Después de días de oración, de reflexión y de pruebas, estoy segura de hacer la voluntad de nuestro mismo Maestro quedándome a trabajar para Él en el mundo (...)”¹⁰. Va a cumplir veintitrés años y un primer discernimiento se opera, prefigurando ya las grandes orientaciones de los años treinta que conducirán a Madeleine a Ivry. Sus padres se separarán, tras años de desavenencias, en 1936. Su padre se va sumiendo en una agresividad enfermiza, y ella intentará estar pendiente de ambos y cuidarlos, en la medida de sus posibilidades.

Madeleine abandona el proyecto de carrera literaria de sus primeros años y enfoca su vida hacia el servicio social. Aunque, de alguna manera, su búsqueda artística seguirá latente y sus dones para la literatura y la poesía quedarán reflejados en sus escritos. Usará, con frecuencia, comparaciones y metáforas, su imaginación y su vena artística la dotan para ello. Es sugerente, provocadora, siempre fresca, muy cercana al corazón de las parábolas. No dejará de buscar la belleza allí donde está, y por eso será capaz de transformar con su mirada los lugares más sórdidos en “centros de gracia”.

En 1926, conoce al abbé Lorenzo, un sacerdote de su parroquia de Santo Domingo en París, que la inicia en los caminos del Evangelio y con el que se adentra en la miseria de los barrios pobres de París. Descubre que el Evangelio es para vivirlo en comunidad y se lanza a vivir en grupo las bienaventuranzas de Jesús sin las codificaciones de la vida religiosa de entonces. El 15 de octubre de 1933, elegido por ser la festividad de Santa Teresa, Madeleine y otras dos jóvenes, Suzanne Lacloche y Hélène Manuel, comienzan su aventura en la barriada obrera de Ivry, en sus propias palabras *se embarcaban hacia otro mundo*: “Desde el momento en que el tiempo nos señala nuevas compasiones, nuevas necesidades de evangelización... Estamos dispuestas a partir a la aventura”¹¹. Deciden ser laicas y el nombre que toma el grupo es el de la “*Charité de Jésus*”. Madeleine permanecerá en Ivry hasta su muerte en 1964, fue el lugar de su entrega, de sus transformaciones y de su compromiso vital.

A pesar las necesidades apostólicas de los *Equipos* (así se llamaban los miembros de *La Charité*) que fueron creciendo, las emergencias familiares y su propia salud, ella incluirá con frecuencia el humor en las situaciones que atraviesa, ese “humor pacificador” que será un rasgo característico de su personalidad y también de su fe, un recurso terapéutico.

3. Una vida comprometida

Madeleine no cesará de evolucionar gracias a los múltiples encuentros y experiencias de acogida que vivirá en Ivry. Va desarrollando una gran capacidad de presencia, de escucha y comprensión. El mundo de Madeleine es un mundo poblado de

¹⁰ Lettre du Vendredi saint, 15 avril 1927, à sa mère, en *Ibid.*, 89.

¹¹ M. DELBRËL, *Comunidades según el Evangelio*, 95.

gentes muy diversas. Sus propios padres venían de medios muy diferentes, sin duda esta experiencia le ayuda en su sensibilidad para no dejarse encerrar en un grupo concreto. Desarrolla el gusto por los intercambios y el aprecio por lo diferente, la belleza de una vida compartida y mezclada. Quiere “respetar en las personas esa variedad inventada por el Señor”¹². La casa de Ivry, en el *once* de la calle *Raspail*, se convierte en una verdadera *casa de familia* donde pueden encontrarse gentes pertenecientes a distintos medios y a diferentes ideologías.

Madeleine participó en campañas populares para liberar a detenidos políticos y en todos los casos, y a veces en soledad, llegó hasta el fondo de las cosas. Consolidó amistades con personas de todos los ámbitos y de diversos países. Le resultaba impensable excluir a alguien. Para Madeleine “sólo Jesús desciende. A nosotros nos basta con permanecer abajo con todos los demás”¹³. Su vida fue un misterio de proximidad y atención, por su anhelo de desplegar, en lo concreto y cotidiano, ese *amor indivisible* a Dios y a los otros.

Cuando llega a Ivry queda impactada por la miseria de las clases sumergidas, la injusticia social, el desempleo y unas condiciones inhumanas de trabajo que ella hasta entonces ignoraba. Durante trece años, de 1933 a 1946, ejerce una gran actividad en el servicio social trabajando en el Ayuntamiento. Allí, comprometida también con la animación de las obras parroquiales, descubre con dolor que la Iglesia y la ciudad estaban en pleno antagonismo agresivo. Fue pionera en entablar un diálogo verdadero con los comunistas que impresionados por su compromiso y su humanidad, tuvieron, en muchas ocasiones, deseos de “convertirla” a su causa, pero Madeleine supo situarse, en esa “pertenencia única a Dios” que la llevaba a amar concreta y afectuosamente a sus hermanos comunistas y a poder comprender sus posiciones. Ella escribía:

“Año tras año he rechazado y rechazo el carnet de mis amigos que es la inserción en la organización viviente del marxismo y que me uniría localmente a mis amigos, pero me opondría a Dios vitalmente por solidaridad con el partido. Pero año tras año, he sido y soy siempre amiga de ellos como Dios y su Iglesia nos enseñan a serlo”¹⁴.

Madeleine recoge, en 1956, el fruto de sus experiencias y sus notas sobre el marxismo en el libro, *Ville Marxiste, terre de Mission. Provocation du marxisme à une vocation pour Dieu*¹⁵, un testimonio valiente para aquella época¹⁶. Ella dirá: “Ivry fue

¹² *o.c.*, 64.

¹³ M. DELBRËL, *Comunidades según el Evangelio*, 125.

¹⁴ M. DELBRËL, *Nosotros, gente común y corriente*, 27.

¹⁵ M. DELBRËL, *Ville Marxiste, terre de Mission. Provocation du marxisme à une vocation pour Dieu. Rédigé à Ivry de 1933 à 1957*. Le Cerf, Paris 1957. (Reeditado por Desclée de Brouwer en 1995). Madeleine escribirá de puño y letra en la dedicatoria de su libro a Venise Gosnat, teniente alcalde de Ivry: “Al señor, Venise Gosnat –de quien soy la peor alumna en el marxismo, pero de quien soy también amiga fiel, respetuosa de su bondad y de su concreta generosidad– regalo de todo corazón este libro, convencida de que, aun no aprobándolo, lo comprenderá”. J. LOEW, *Vivir el Evangelio*, Sal Terrae, Santander 1997, 41.

mi escuela de fe aplicada; treinta años en sesenta de vida”¹⁷. En el libro recoge lo que ha ido descubriendo y que resuena con actualidad para nosotros: La indiferencia religiosa de las masas y la poca creatividad de los escenarios de la Iglesia. Le impresiona la gran mayoría de gente silenciosa que vive sin religión y sin ideología militante. La Iglesia y los sacerdotes apenas son ya conocidos. La palabra caridad se identifica con la palabra limosna y el sacerdote es considerado como el representante de la ideología cristiana. Es como si la esperanza hubiera desaparecido de la vida de muchos cristianos. El ambiente parroquial está desconectado de las grandes preocupaciones de la población: precariedad laboral, falta de trabajo y de vivienda. Muchos no se fían del idealismo cristiano, lo consideran ya “viejo”, un cristianismo de resignación. Ella constata este cansancio ambiental y la necesidad de recrear una espiritualidad misionera.

Madeleine escribe, al modo de los profetas, con esa mirada que penetra la realidad y que denuncia una manera de obrar, aceptada por la sociedad, que clama contra el proyecto de Dios: “Hay un sufrimiento obrero que lleva en todas partes el mismo nombre. Ya se trate de Santiago o de Juan, del estibador o el minero, el blanco, el negro o el amarillo, es una violencia sufrida, una servidumbre, una pobreza, el peso de un desprecio”¹⁸. Conocía de cerca ese sufrimiento y servidumbre, en sus largas conversaciones y encuentros con las gentes de Ivry, en las visitas frecuentes a las casas de los trabajadores. Por eso, llama la atención sobre esa *violencia callada*, sostenida, y no denunciada, que mina día a día, silenciosamente, la vida de los pobres.

En un tiempo de desplazamientos forzosos por las guerras, Madeleine recoge, con una fina sensibilidad, las consecuencias humanas de esas *migraciones* provocadas por la falta de trabajo y que bien pueden expresar las situaciones que viven las personas que tienen que desplazarse actualmente: “La guerra del trabajo también tiene sus éxodos... desgarrar a las familias. El padre partirá solo. Acampará aquí o allá en un apartamento comunitario o en una habitación exigua... Conocerá la *fragilidad* del anonimato”¹⁹.

4. Una vida vinculada

Madeleine no participó de la vida obrera trabajando en una fábrica, como muchos de sus amigos “*prêtres ouvriers*”, pero sí que desarrolló con las personas de los medios obreros una vida fraternal, y una gran comprensión y amor hacia los hombres

¹⁶ En 1949 la Santa Sede excomulgó a todos los miembros del partido comunista, y renovó la excomunión en abril de 1959. Esto tuvo que ser muy doloroso para Madeleine, que amaba y confiaba en la Iglesia, y que compartía el deseo de justicia de sus compañeros comunistas. También sufrió con la prohibición, durante el pontificado de Pío XII, de “*les prêtres ouvriers*”, el 1 de marzo de 1954.

¹⁷ M. DELBRËL, *Nosotros, gente común y corriente*, 26; 291.

¹⁸ *Ibid.*, 100-102. En la revista *Esprit* (julio-agosto de 1951) Madeleine publica un estudio sobre el mundo de la clase trabajadora: “*Diversité et unité de la condition prolétarienne*”, que nos ayuda a conocer detalladamente la realidad social de su tiempo. Para Madeleine la pobreza nacida en la era industrial supone una privación de aquello que es preciso para vivir como ser humano.

¹⁹ *Ibid.*, 105.

y mujeres del proletariado que tantas cargas soportaban, a ellos quiso vincular su vida. Cuando era una joven que frecuentaba los ambientes literarios de Montparnasse estaba lejos de imaginar que aquellas primeras inquietudes: la poesía, la filosofía, la música, la pintura, acabarían modelando su sensibilidad para mirar, tocar y dejarse conmover por la sufrida realidad de estas gentes que eran sus vecinos y amigos.

En sus escritos clama por la necesidad del ser humano de “*ser visto*”, de ser tenido en cuenta, de sentirse digno de aprecio y de belleza. Ella escribía:

“Otro sufrimiento que, poco o mucho, pesa sobre la condición obrera es el *desprecio*. Su primera causa es una suerte de desconocimiento. En el taller, el hombre se siente menos visible para otros hombres que la máquina (...). Lo que quisiera es que, frente al enorme mundo del trabajo, aquellos que no están en él tomen conciencia de una especie de misterio. Entre dos hombres hay siempre un algo incomunicable. Entre la masa de los que ganan su pan con sus manos y aquellos que lo ganan de otro modo hay un segundo misterio que los distingue de por vida”²⁰.

Ella contempló de cerca este misterio, y dejó que su vida se configura por él. Por eso hablaba del mundo obrero con autoridad y los sacerdotes de las misiones de Francia la buscaban.

Para ella, en el plano de las estructuras sociales cada uno tiene derecho a un amor personal y concreto, cuanto más cuando se trata del Reino de Dios. Escribe en 1951:

“El Reino de Dios es el encuentro de Dios y de una humanidad compuesta de uno, más uno, más uno. No surge de una masa anónima sino que es recibido por Pedro, Santiago y Juan. El Reino de Dios no es amar el mundo, sino amar a las personas... El Evangelio del Reino nos dice que el mundo no tiene importancia, son las personas lo que importan, porque el mundo es lo que las personas son”²¹.

Madeleine acuñó, al menos vivencialmente lo que hoy se denomina en el mundo del trabajo social y en ámbitos terapéuticos la “*resiliencia*”²². Esa experiencia de crear

²⁰ *Ibid.*, 108-109.

²¹ *Ibid.*, 42.

²² Boris Cyrulnik, un reconocido neurólogo y psiquiatra francés define la “*resiliencia*” como la capacidad para sobreponerse a periodos de dolor emocional, superar contratiempos y resultar fortalecidos por los mismos. Cyrulnik resalta la importancia de los vínculos: “La capacidad de dar y recibir afecto es la verdadera fuente de la resiliencia. La fortaleza emocional se forja sabiendo crear, y mantener, fuentes de cariño, comprensión y ayuda mutua; desarrollando redes de amor y protección”. En línea. www.redsistemica.com.ar/melillo.htm. (Consulta del 7 de noviembre de 2011).

lazos reparadores en torno a personas cuyas vidas han sido lastimadas, es lo que Madeleine y sus compañeras intentaban vivir, y de hecho vivían, en su casa de *Raspail*, generando a través de su acogida y escucha un entorno de calidez y de afecto donde las personas podían encontrar su propio potencial para restaurarse: hospitalidad, bondad, intercambios. Ella decía: “Tenemos que reencontrar ese amor personal de una persona por otra... Ya no sabemos encontrarnos unos a otros como un ser humano encuentra a otro en su simplicidad individual. Ya no sabemos llamarnos por nuestro nombre”²³.

En su modo de entender el trabajo social introduce los “lazos de amistad”, entre los deberes del asistente social: “Por la amistad podemos hacer milagros. Es el amor habilitado todos los días, y el amor es siempre terapéutico”²⁴. Su propia figura preconiza lo que actualmente se denomina en Francia dentro de las profesiones de mediador social o profesiones de proximidad, las *mujeres-puente* (*femmes-relais*). De algún modo Madeleine Delbrêl y sus compañeras van aún más allá de estas *femmes-relais*, pues ofrecen también esa mediación y proximidad en el espacio de un equipo, de una vida en comunidad.

5. Una vida profunda, enraizada en el Evangelio

Los que conocieron personalmente a Madeleine no pueden separarla del pequeño libro que era su vida. Todo su ser estaba tallado por el Evangelio y se refería a él de una manera natural, espontánea y concreta²⁵. El encuentro con el abbé Lorenzo hace *explotar* para ella el Evangelio. Dirá: “Fue él el que me enraizó en la tierra de un Evangelio sencillo”. Es una mediación determinante en la vida de Madeleine, él le enseñó a amar el Evangelio, a querer vivirlo codo con codo con su gente de cada día, a leerlo *como se come el pan*.

Dejemos que sea la misma Madeleine quien nos revele lo que significaba para ella:

“El secreto del Evangelio...es esencialmente una comunicación de vida.

La luz del Evangelio es un fuego que exige penetrar en nosotros

para operar una transformación.

(...)

El Evangelio no es un libro como los demás,

²³ M. DELBRÊL, *Nosotros, gente común y corriente*, 125.

²⁴ M. DELBRÊL, *Profession assistante sociale. Écrits professionnels*, volume 1. Tome 5. Nouvelle Cité, Paris 2007, 322-323. Es significativo que en su escrito para los asistentes sociales: *Veillée d'armes, aux travailleuses sociales*, ella incluya un capítulo bajo el epígrafe de *Devoirs*, con los siguientes apartados entre otros: *L'amitié, l'humilité, le courage, l'heroïsme, la liberté*...que nos dan idea de su modo de entender el trabajo social como una *vocación* que tiene que ver directamente con los movimientos del corazón, con dinamismos que tocan los más hondo de la persona.

²⁵ Cf. H. JUNG, “L'Évangile et Madeleine Delbrêl”: *La Vie Spirituelle* 578 Tome 124 (1971) I, 739-748.

es como una cita que el Señor nos da a cada uno...
La frase del Señor que hemos arrancado del Evangelio
en la eucaristía matinal o en un viaje en el metro,
entre dos tareas domésticas o por la noche en la cama,
no debe ya abandonarnos, como tampoco nos abandona la
vida o nuestro espíritu.

(...)

El Evangelio para revelar su misterio no requiere ni decorado
ni erudición ni técnica, sino un alma prosternada en adora-
ción y un corazón despojado”²⁶.

Su deseo de vivir el Evangelio allí donde está la conduce a buscar nuevas moda-
lidades de la oración en una vida en movimiento y devorada por los otros: “Es verdad
que hoy uno no puede orar ‘como’ antes, a menos de entrar en un monasterio o en
ciertas circunstancias vitales excepcionales. No por ello tenemos que dejar de orar pero
hay que hacerlo de *otro modo* y ese *otro modo* es lo que tenemos que descubrir”²⁷.

Ella señala nuevos modos de oración, modos de encuentro adaptados a nuestro
tiempo de altas velocidades, de comunicaciones virtuales, de querer hacer más cosas de
las que podemos. Y nos enseña el secreto para vivir sin asfixiarnos, para poder respirar
hondo en cada uno de los momentos del día:

*“Nuestro tiempo tiene sus propios respiraderos; a nosotros nos
corresponde descubrirlos y utilizarlos... En nuestras vidas sin
superficie y sin tiempo, en nuestras vidas sin espacio, no
debemos buscar el espacio que antaño reclamaba la vida
cristiana. Para la oración tenemos racionado el espacio, y
ese espacio que nos falta deben sustituirlo las perforaciones.
Estemos donde estemos, allí está Dios también”*²⁸.

Para Madeleine, el retiro en el desierto puede consistir en cinco estaciones de
metro al final de un día “en que hemos ‘perforado’ un pozo hacia esos pequeños instan-
tes... Nuestras idas y venidas, los momentos en los que nos vemos obligados a esperar
-ya sea para pagar en una caja, o para que el teléfono esté libre, o para que haya sitio en
el autobús- son momentos de oración preparados para nosotros, en la medida en que
nosotros estemos preparados para ellos”²⁹.

Un sacerdote que la conoció, Jean Debruyne, decía de ella que le había ense-
ñado a rezar en el metro, en el tren de cercanías, en el centro comercial; a contemplar
los rostros de la gente y a abrirse al misterio que animaba sus vidas. Con Madeleine lo

²⁶ J. LOEW, *Vivir el evangelio*, 55.

²⁷ M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, 210.

²⁸ *Ibid.*, 217.

²⁹ *Ibid.*, 218-219.

cotidiano era siempre nuevo y no había nada que fuera sin importancia. El hijo de la caridad José Rodier, que también se encontró con ella cuando era un muchacho, escribe: “Madeleine supo ganar el corazón de aquellas gentes a base de diálogo y entrega generosa, hasta hacer suyas las penas y alegrías de los ‘sin nombre’ de las calles que fueron su auténtico templo”³⁰.

Al elegir partir a Ivry, Madeleine no va a escoger una misión contraria al anhelo de vida contemplativa que había en ella, será contemplativa pero de otra manera y este será su don también para otros. En Madeleine esta vida contemplativa es no hacer nada sola, vivir constantemente en la presencia del Amigo, buscar los desiertos en el fragor de la ciudad:

“...Los que aman a Dios han amado siempre el desierto;
y por eso, a los que le aman, Dios no puede negárselo.
Y estoy segura, Dios mío, de que me amas
y de que en esta vida tan saturada, atrapada por todos lados
por la familia,
los amigos y todos los demás, no puede faltarme ese desierto
en el que se te encuentra”³¹.

6. Referentes en el camino

Desde su conversión, Madeleine frecuentó los escritos de aquellos *grandes caminantes* que resonaban con lo que había sido su propia experiencia fundante. Aquellos que por su manera de disponerse al Misterio, de transparentarlo y de hacerse cauce se convirtieron para ella en motivo de inspiración y fuerza. Entre ellos, destacan las figuras de los santos carmelitas, desde su primera atracción por el Carmelo. Estos místicos universales son para Madeleine centinelas que le indican el camino verdadero. Se reconoce en la fuerza del amor de Teresa de Jesús, en su manera tan humana de expresarlo y, también, en la hondura y belleza poética de Juan de la Cruz, en su anhelo por desaparecer para que el Amado pueda serlo todo. De Thérèse de Lisieux tomará la prioridad y centralidad del Amor, el deseo de atraer hacia Él con todos los medios posibles.

También cita con frecuencia Francisco de Asís. Le fascina de él la radicalidad del Evangelio vivido y ese modo de sumergirse en la vida simple y luminosa de Dios, un camino que pasa por configurarse con Jesús en sus heridas. La alegría que surge de la pobreza será recurrente en la expresión de Madeleine.

Entre aquellos referentes que le acompañaron, quizás sea el rostro de Charles de Foucauld, el que más hondo caló en Madeleine y el que más influjo ha ejercido internamente en su modo de querer vivir y encarnar el Evangelio. Va a profesar un entrañable afecto a este hombre de oración, de soledad y de desierto. En el *santo del desierto*, como

³⁰ Cf. J. RODIER, “Por las calles del Evangelio”: *Vida Nueva* 2540 (2006), 23-30.

³¹ M. DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, 99-100.

entonces le llamaban, encuentra Madeleine los ejes de lo que irá desplegándose como su propia llamada: el amor incondicional a los otros, la entrega al Evangelio, la adoración, el lugar central del Crucificado y el espacio fundamental de la Eucaristía. Esta prioridad de Dios, que es eminentemente preferido, conecta con la propia experiencia de Madeleine. Ella sintoniza con ese deseo de vivir vuelta hacia Dios para los otros: “en el interior mismo de la masa humana harían falta hombres de adoración (...) repitiendo a Dios en nuestros desiertos contemporáneos: en nuestros metros y en nuestras carreteras, en nuestras casas y en nuestras granjas: ‘Tú eres el que eres, nosotros somos los que no somos’”³².

El símbolo que Charles dibuja y pondrá sobre su hábito, el corazón con la cruz clavada, es para Madeleine la expresión de la *caridad total* y al comentarlo expresa algo que podría también decirse de ella misma: “Esta cruz es verdaderamente el eje de su corazón, el sólido eje alrededor del cual va a organizarse su amor universal”³³. El mensaje que recibe de él es la necesidad de este eje sin el cual el amor se queda anémico e inacabado. En unas notas que Madeleine preparó para una conferencia sobre Charles de Foucauld, pronunciada en 1950, recoge en síntesis lo que marca su propia búsqueda espiritual: el Dios presente que lo trastorna todo, tomar el Evangelio al pie de la letra, los pequeños, los más perdidos, la caridad integral³⁴. Al modo de este hermano de todos que procuró un amor pleno, ella intentó vivir una vida contemplativa muy intensa, y una vida completamente mezclada con otros: “Aprendamos que no hay dos amores: quien abraza a Dios debe abarcar el espacio del mundo entre sus brazos; quien recibe el peso de Dios en su corazón recibe el peso del mundo”³⁵.

Lo que venimos expresando nos da una idea de cómo Madeleine vive de una manera integrada y, a la vez, con enorme naturalidad, las dimensiones místicas y proféticas de la existencia. La experiencia de una vida abismada en Dios y el sentido de la justicia en la vida cotidiana donde se juegan los escenarios del Reino, lo que ella llama: “la incesante clausura del amor al prójimo”³⁶.

7. Una pertenencia lúcida y creativa a la Iglesia

Durante la vida de Madeleine se sucedieron seis papas. Ella participará en las búsquedas de la Iglesia y se vio mezclada en el gran debate sobre la Misión de Francia y “les prêtres ouvriers”. Sufrirá el desgarramiento de las tensiones y contradicciones que se van a dar tanto en el seno de la Iglesia como en el mundo obrero. En medio de los acontecimientos, y sin acabar de comprender muchas decisiones de la jerarquía, mantuvo siempre un sentido de pertenencia y de adhesión.

³² M. DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, 116.

³³ *Ibid.*, 120.

³⁴ *Ibid.*, 137.

³⁵ *Ibid.*, 64.

³⁶ *Ibid.*, 118.

El secreto de Madeleine está en el modo vital en que entiende la Iglesia: “Aun cuando consideramos la Iglesia como una sociedad, no se trata de ser conciudadanos; el más desconocido de los bautizados es nuestro hermano en una vida inaudita; el sacerdote más desdibujado ha recibido el poder de cumplir las funciones del mismo Cristo en un milagro de riquezas”³⁷.

La Iglesia, en Francia, se fue abriendo hacia el mundo obrero, hacia los laicos y hacia la necesidad de una reforma profunda al interior de ella misma, que Madeleine y sus compañeras anticiparon con sus planteamientos y su modo de vivir. Madeleine estableció relaciones con las misiones de Francia, París y Marsella y con sus protagonistas en este tiempo: el cardenal Suhard, los padres Godin y Daniel, el abbè Louis Augros, Monseñor Veillot, Jacques Loew... Fue amiga y consejera de los curas obreros, participando en sus búsquedas y en sus desconciertos. Tentada sobre la Iglesia se mantuvo siempre leal a ella: “Un amor realista a la Iglesia implica necesariamente recibir los golpes y llevar las llagas... Así le abrimos paso a la vida de Dios”³⁸.

Comprendió que la Iglesia necesitaba urgentemente hablar el lenguaje de sus contemporáneos, conocer sus dolores y sus alegrías, y acercarse a ellos allí donde se encontraban, llevando el Evangelio no sólo con las palabras, sino con el testimonio y la bondad del corazón. Viajó doce veces a la tumba de San Pedro, para rezar allí, para asentir a lo que no podía comprender y para seguir permaneciendo fiel a la Iglesia en medio de su ambigüedad. Por medio de la Iglesia, en la Iglesia, Madeleine se encuentra con el prójimo y con la misión, y recibe el cuerpo y la Palabra de Jesús: “No se puede vivir una vida de Evangelio realista en una Iglesia abstracta”³⁹. No huyó de las cargas de la Iglesia establecida y durante treinta años vivió interiormente ligada a su parroquia. Si en ocasiones sufrió por eso, no minimizó su importancia porque conocía los vínculos de esta “pequeña célula de la Iglesia” con la Iglesia total⁴⁰.

En una de sus primeras peregrinaciones a Roma para orar escribe:

“En 1933 recibí como un regalo gratuito el arraigo en la Iglesia, en la piedra fundacional de la que toda raíz debe salir. Esta vez fui directamente a San Pedro (...) vi entrar y salir del Vaticano autos de un lujo inaudito (...) Advertí el peligro para todos esos prelados, esos hombres de Iglesia, de vivir ese encanto de cultura y de riqueza (...) Sobre la tumba de san Pedro, recé con todo el corazón (...) y más aún, hasta

³⁷ *Ibid.*, 212.

³⁸ M. DELBRËL, *Nosotros, gente común y corriente*, 33.

³⁹ *Ibid.*, 34.

⁴⁰ Cf. C. DE BOISMARMIN, *Madeleine Delbrèl 1904-1964, Rue des Villes chemins de Dieu*, Nouvelle Cité, nouvelle édition, Paris 2004, 136.

perder el corazón (...) Comprendí lo necesario que era impregnar de amor todos los signos de la Iglesia”⁴¹.

En los momentos difíciles, cuando hay motivos para no estar de acuerdo con la Iglesia en la expresión de su jerarquía, ella escribe: “cuando hay motivos para no comprender hay que orar dos veces, reflexionar dos veces, excusar dos veces lo que no se comprende”⁴². Quiso siempre permanecer en comunión con la Iglesia, aun manteniendo plena lucidez sobre su necesidad de *aggiornamento* y anticipándolo con su propia vida.

Admiró y quiso al Papa Juan, lo llamaba un “maestro inesperado”, y lo describe así:

“Recibimos un anciano Papa, venido de entre los pobres, hombre entre los hombres, sacerdote entre los sacerdotes, obispo entre los obispos (...) Este Papa se puso a trabajar como si dispusiera de una vida que apenas se iniciaba (...) Tendió sus brazos al mundo y lo abrazó (...) Nos recordó que si bien el Evangelio de Cristo debe ser anunciado en idiomas humanos, no puede estar separado del lenguaje mismo de Jesucristo y ese lenguaje es la bondad (...) Él se puso simple y claramente al umbral del corazón de cada hombre, no como juez sino como amigo. Juan XXIII nos demostró que, incluso para un Papa, la vida cristiana es viable en nuestro mundo y en nuestro tiempo”⁴³.

Sintió mucho la pérdida del papa Juan⁴⁴ y estaba lejos de imaginar que ella le sobreviviría sólo un año. Compartió con él y con Pablo VI, los grandes impulsores de esta revolución en la Iglesia, ese anhelo profundo de dejarse conducir por el Viento imprevisible de Dios: “Si nos equivocamos no será grave mientras sepamos que podemos equivocarnos y el temor de la gran aventura, el miedo de ese Espíritu, que no sabemos de dónde viene ni a dónde va, sería de nuestra parte para la Iglesia, nuestra gran falta de amor”⁴⁵.

La vida y los escritos de Madeleine anticiparon muchas propuestas del Vaticano II y, esencialmente, esa postura de diálogo constante con el mundo. Ella escribía en 1958 que los sacerdotes necesitan conocer “a los hombres con sus sufrimientos, sus alegrías, sus tareas, sus luchas. De qué pan se nutren, cómo descansan...”⁴⁶. Estas palabras

⁴¹ M. DELBRÊL, *Nosotros, gente común y corriente*, 133-135.

⁴² *Ibid.*, 289.

⁴³ *Ibid.*, 303-305.

⁴⁴ Apenas un año después de la inauguración del Concilio, el 3 de junio de 1963 murió Juan XXIII, un lunes de Pentecostés.

⁴⁵ *Ibid.*, 145.

⁴⁶ M. DELBRÊL, “Le marxisme et l’Église”, en *Parole et Mission* 3 (1959), 367-382

evocan el comienzo de la encíclica *Gaudium et Spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”⁴⁷. Con cuánto deseo habría suscrito Madeleine estas afirmaciones.

A punto de cumplir los 60 años, y durante el transcurso de la última etapa de los trabajos del Concilio, Madeleine muere repentinamente sobre su mesa de trabajo, eran las 17.20 del 13 de octubre de 1964. Aquel día en el aula conciliar, un laico, presidente de la JOC internacional, Patrick Keegan, toma la palabra por primera vez frente a toda la Iglesia y lo hace en nombre de los trabajadores cristianos que viven y luchan en las fábricas y en los barrios obreros de las grandes ciudades.

Madeleine sacudiría hoy todo aquello que no deja a la Iglesia transparentar el Evangelio de Jesús y proclamarlo con lenguajes y modos que alcancen la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Sin duda, que ella estaría esperanzada con los signos del Papa Francisco, con ese anhelo de una Iglesia pobre y para los pobres y diría de él, como antes había dicho del Papa Juan: *se ha llegado al corazón de los pequeños*.

8. Atraer todo hacia Él

Madeleine intentó transmitir por contagio, por contacto, que es posible una vida mística en pleno ritmo de la ciudad, en las actividades cotidianas, en una vida como la de los hombres y mujeres de su tiempo, sin separarse, sin diferenciarse, sencillamente hundiéndose, perforando amorosamente la realidad desde el humus del Evangelio: “Poder recorrer todas las calles, sentarse en todos los metros, subir todas las escaleras, llevar al Señor Dios a todas partes (...) Y luego orar, orar como se ora en medio de los otros desiertos, orar por toda esa gente”⁴⁸.

Perforar la realidad para toparnos con el Dios vivo, mientras se espera el autobús o se tiende la colada, descubrir el presente como el verdadero tiempo sagrado, encontrar santuarios secretos en los espacios profanos de la ciudad y hacer de cada momento del día, denso o distraído, una oportunidad para la gracia. Esas son algunas de las intuiciones y experiencias que convierten a Madeleine en una guía excepcional. Ella se inició en una *mistagogía de la vida cotidiana* y, por eso, puede convertirse en mistagoga para otros. Entiende la fe como una ciencia práctica: “el ‘savoir-faire’ de la vida, aquí y ahora”⁴⁹.

No pudo cultivar, como hubiera deseado en los comienzos, su inclinación hacia la literatura y la teología. Su trabajo como asistente social, las preocupaciones cotidianas de la gente de su barrio, la participación en las búsquedas de los sacerdotes obreros, y

⁴⁷ *Documentos del Vaticano II*, BAC, Madrid 1969, 197-297.

⁴⁸ M. DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, 94-95.

⁴⁹ M. DELBRËL, *La alegría de creer* 187.

una vida devorada por las relaciones, no la dejaron profundizar en el ámbito del quehacer teológico. No esbozó con su obra una teología espiritual pero sí elaboró a través de su experiencia, su reflexión y su praxis una *teología de la cotidianidad*: narrativa, vital, encarnada. Una teología del acceso a Dios y del encuentro con Él en medio de las vicisitudes de una vida corriente. Por eso su testimonio se muestra accesible y necesario para los registros de los hombres y mujeres de hoy.

Ella decía a sus compañeras: “Partid sin mapa para descubrirle, sabiendo que está por el camino y no a su término. No intentéis encontrarle con recetas originales, sino dejaos encontrar por él en la pobreza de una vida banal”⁵⁰. Ya ningún lugar es profano, hasta el café de su barrio se transforma en un *centro de gracia* y allí ora al Padre de toda vida: “Atrae todo hacia ti en nosotros”. Este deseo de *atraer* será una constante en Madeleine, el poder conducir a otros hacia ese Fuego que la había quemado:

“...buscamos espontáneamente
todo lo que permite arder,
todo lo pequeño y débil,
todo lo que gime y padece,
todo lo que peca y se arrastra y cae,
todo lo que necesita ser curado.
Y damos en comunión a ese fuego que arde en nosotros
a todas esas personas doloridas
que atraemos al encontrarlas
para que él las toque y las sane”⁵¹.

Una vida que vive así el Evangelio es una vida *fecunda*: que irradia, que atrae, que cura. Ella subrayaba: “¿Cómo podemos no evangelizar cuando el Evangelio está en nuestra piel, en nuestras manos, en nuestros corazones, en nuestras cabezas...?”⁵², y cuando esto no se produce Madeleine se pregunta:

“¿No es de la disociación entre la palabra y la vida, entre la predicación y el ejemplo, de donde viene nuestra falta de contagio? (...) Si la actividad nos absorbe por completo ¿no será que hemos eludido el problema central de nuestra vida cristiana? Nuestro encuentro personal con el Dios vivo, un encuentro que puede ser lento y paciente”⁵³.

Para ese encuentro personal, lento, paciente, en medio de nuestras sociedades impacientes y aceleradas, para poder vivir *una vida por los demás*, ella apela a dos condiciones que son antiguas y nuevas: la *soledad* y el *silencio*. Condiciones por las que Dios

⁵⁰ *Ibid.*, 49.

⁵¹ *Ibid.*, 52.

⁵² *Ibid.*, 166.

⁵³ M. DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, 122. 131

nos convierte en *canales de gracia* en medio de multitudes solitarias y ruidosas. Las dejo solamente esbozadas, quizás los escritos de Madeleine puedan sugerirnos cómo recrearlas en nuestras vidas y en nuestro tiempo:

“Me parece imposible pensar en una vida evangélica sin querer que sea una vida de silencio y sin saber que ha de serlo (...)”⁵⁴.

¿Por qué el canto de la alondra en el trigal, el rechinar de los insectos en la noche, el zumbido de las abejas en el tomillo alimentan nuestro silencio, y no así los pasos de la multitud en la calle, las voces de las mujeres en el mercado, los gritos de los hombres en el trabajo, la risa de los niños en el jardín, las canciones que salen de los bares? Todo es ruido de las criaturas que se dirigen a su destino, todo es eco de Dios en orden o en desorden, todo es señal de la vida al encuentro de nuestra vida. El silencio no es evasión sino un reencuentro de nosotros mismos en la hondura de Dios...”⁵⁵.

⁵⁴ M. DELBRÊL, *La alegría de creer*, 109.

⁵⁵ M. DELBRÊL, *Nosotros, gente común y corriente*, 84.